

Parque Nacional Tampalaya

Tras las huellas del dragón

Omar Lobos



Parques Nacionales: leelos, cuidalos, disfrutalos

Parque Nacional Talampaya

Tras las huellas del dragón

Omar Lobos

Los inmensos farallones rojizos hacían pensar en las murallas de una fortaleza abandonada, o bien una morada de dragones, que estarían por ahí, al acecho, agazapados en cualquier grieta. Por eso la mayoría de los chicos del grupo -todos alumnos de quinto grado- se quedaron bastante impresionados cuando empezaron a recorrer el Parque Nacional Talampaya. Pero sobre todo quedaron impresionadísimos los dos amigos más fantasiosos, Alan y Javier, que se imaginaron justamente eso: que en ese valle habían vivido, o quizá vivían... ¡dragones!

“Tras las huellas del dragón”, de Omar Lobos

Ilustraciones: Diego Florio

Diseño de tapa y colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Parques Nacionales: leelos, cuidalos, disfrutalos”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075

campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2007



El guía les empezó a explicar que Talampaya quiere decir “río seco del tala”, y justamente, por el cauce de este río sólo corre un poco de agua en el verano, cuando hay lluvias torrenciales.

Pero las cabezas de Alan y Javier sólo pensaban en encontrar un dragón. Así se harían famosos, convertidos en grandes descubridores, y gracias a ellos podría atraparse al dragón y llevarlo a un zoológico, ¡o a un museo, como a los dinosaurios!

Así que esperaron la distracción del guía, de la señorita Elina y Fermín, el profesor de Educación Física, para escaparse del grupo y emprender la búsqueda.

Una vez que se alejaron, decidieron que lo mejor era separarse, y ante cualquier novedad darse aviso con tres silbatazos. Javier tomó por un senderito y Alan tomó por otro. Hay que decir que, de los dos, Alan era el más miedoso, e iba apretando su silbato pensando que enseguida podría llamar a Javier en su ayuda.

Alan caminó y caminó por los laberintos de la Ciudad Perdida, hasta que se fue haciendo tarde y empezó a ver en torno sombras siniestras. Fue así como de pronto sintió una presencia a sus espaldas (¡¿el dragón?!); muerto de miedo, se dio vuelta de golpe, dispuesto a dar ya los tres silbatazos... y se topó con la silueta gigantesca de un monje. Sólo atinó a caer de rodillas ante él y empezó a tartamudear:

–Perdone... no quería molestar a nadie, soy un... explorador, me agarró la noche, soy un chico bueno, muy-muy bueno, amante de la naturaleza y de todo lo que Dios ha creado.

El monje seguía inmóvil y siniestro, y sin articular una palabra.

–Usted que es más bueno, rece por nosotros pecadores –balbuceó Alan, esperando que el monje dijera algo.

Por toda respuesta, Alan juraría después que le vio alzar la mano con un gran crucifijo como dispuesto a golpearlo, su sotana oscura volando al viento. Él sólo atinó a echar a correr, corrió y corrió entre las piedras lamentando su soledad y desamparo, sin acordarse de hacer sonar su silbato.

¿Y Javier? Ah, Javier había tenido completamente otro destino. Se había enamorado. ¿De quién?, se preguntarán ustedes. Pues... de una princesa cautiva en una torre. Tras los pasos del monstruo, había encontrado la enigmática “construcción”, y su fantasía hizo el resto. Sí, sin duda el



dragón era el guardián de aquella torre, y tarde o temprano habría de aparecer. Hay que decir que Javier había leído muchas novelas de aventuras, con caballeros andantes y doncellas prisioneras en un castillo medieval. Lo más terrible del valle era el silencio, y el fresquete que había empezado a hacer. Javier se envolvió en su camperita, y así fue como el “salvador de princesas prisioneras” se fue quedando dormido en medio de sueños dulces y heroicos.

Por fin lo despertaron los tres silbatazos de Alan. Le respondió con su silbato y así los dos amigos se reencontraron, muertos de cansancio, susto e ilusiones perdidas. Ninguno había conseguido nada.

Hasta que vieron pasar frente a ellos a una piedra que se movía despacito: era una tortuga.

–Buenas tardes, doña... –la saludaron.

–Buenas... –dijo la tortuga.

–Díganos, ¿usted es de por aquí?

–De por aquí no, yo soy de *alliciito* nomás –dijo la tortuga señalando para adelante con la cabeza.

(Sabrá Dios qué era “allicito” para una tortuga).

–¿Andan paseando? –preguntó ella a su vez.

–En realidad... –empezó a decir Javier– vinimos con el colegio a...

–¡Vinimos a conocer los animales gigantes que hay en este lugar! –saltó Alan–. Pero aún no hemos podido encontrarlos.

–Bicho grande acá no queda –dijo la tortuga–. Acá antes hubo de todo, sabía contar mi bisabuela, pero con los años fueron desapareciendo.

–¿Y qué había?

–Uh, de todo –exclamó la tortuga–. Tortuga hubo mucho, dinosaurio hubo mucho, andaban al galopito acá en los valles (los dinosaurios, claro, no las tortugas). Eso fue hace una punta de años (más de doscientos millones), en el período Triásico. Por eso acá vienen muchos científicos a estudiar los fósiles. Y cuando los dinosaurios se terminaron vinieron hombres, pero eso fue mucho-mucho después. ¿Han visto esos grabados en las piedras?

–¿Los petroglifos?

–Sí, señor –articuló la tortuga–. En todas las épocas hubo distinta gente por aquí, pero también se fueron yendo. No se hallan aquí los hombres para vivir... Hay poca agua.

–¿Y... y fuego? –preguntó curioso Alan.

–¿Fuego? –replicó asombrada la tortuga.

–Sí... ¿no ha visto a nadie hacer fuego por aquí? –No





se animaban a preguntar directamente por el dragón.

–¿Para qué? –se asombró más la tortuga–. Con el calor que sabe hacer. Además es peligroso hacer fogatas en los parques.

Javier, más directo que su amigo, intervino sin dar rodeos: –Sabe qué pasa, doña, es que nosotros somos buscadores de... dragones.

La tortuga no pareció impresionarse demasiado.

–Dragones son esos bichos que echan fuego por la boca, ¿no? –preguntó.

–¡Sí! ¿Los conoce? –se entusiasmaron los dos amigos.

–Esos son bichos de los libros –dijo la tortuga–, pero existir no existen.

–¿Có-cómo que no e-existen? –tartamudaron los intrépidos exploradores.

–A los dragones los inventaron los chinos, antes que la pólvora –dijo la tortuga, como sin creer que dos muchachos grandes no supieran una cosa como esa.

–¿Y usted cómo lo sabe? –dijo casi ofendido Alan.

–Lo leí acá, en esta revistita científica que publica el zorro gris –metió la manito en su caparazón y sacó un ejemplar de la famosa revista a todo color *Fauna Amiga*, que se distribuye gratuitamente entre todos los animales de Talampaya.

Javier la tomó con la boca abierta y la hojeó rápidamente. Había artículos sobre paleontología, antropología y muchas otras “ologías”.

–No sabíamos... –dijeron avergonzados.

–Por qué mejor no estudian un poco, antes de perseguir animales inocentes –dijo ya medio fastidiada la tortuga y siguió viaje despacito para su casa.

Alan y Javier volvieron decepcionados a reunirse con su grupo, a recibir ahora los retos de la señorita Elina y de Fermín, que los habían estado buscando como locos la tarde entera. Y después todos al colectivo, y a casa.

Pero la verdad es que la tortuga les había mentado un poquito a nuestros dos amigos: no les dijo que ella venía de tomar mate con su amigo el dragón.

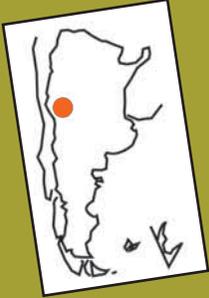


VOCES DEL PASADO

Además de la importancia de los fósiles de dinosaurios, Talampaya conserva uno de los más extraordinarios conjuntos de arte grabado en piedra de Argentina.



EL PARQUE



El Parque Nacional Talampaya, junto con el vecino Parque Provincial Ischigualasto, fue declarado por la UNESCO, Patrimonio de la Humanidad.

DATOS ÚTILES

Creación: 11 de junio de 1997, por ley 24.846
Ubicación: al oeste de la provincia de La Rioja
Superficie: 215.000 ha.
Clima: Cálido y árido
¿Qué protege?: el paisaje desértico de la región del Monte de Sierras y Bolsones, exclusivo de la Argentina. Además de evidencias de culturas anteriores, importantes yacimientos de fósiles y fantásticas formaciones de rocas con formas curiosas. Es Patrimonio de la Humanidad
Origen del nombre: del quechua "río seco del tala"
Localidades cercanas:
Pagancillo (30 km)
Villa Unión (60 km)
Patquía (85 km)

Durante mucho tiempo el cañon de Talampaya funcionó como una importante ruta de intercambio comercial. Esta función la confirma el hallazgo de viviendas, depósitos y enterratorios de entre 800 y 2500 años de antigüedad.

Pero son los grabados en roca (petroglifos) los que nos cuentan mucho de la vida de los hombres que aquí vivieron o transitaron..



Es difícil saber con precisión qué representan algunos petroglifos.

Son reconocibles las huellas de pumas o de ñandúes.

Otros representan caravanas de llamas utilizadas como medio transporte.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CIENCIA Y TECNOLOGÍA

Ministro de Educación, Ciencia y Tecnología
Lic. Daniel Filmus

Jefe de la Unidad de Programas Especiales
Prof. Ignacio Hernaiz

Coordinadora de la Campaña Nacional de Lectura
Margarita Eggers Lan

Equipo de Campaña Nacional de Lectura
Diseño Gráfico: Micaela Bueno, Juan Salvador de Tullio,
Mariana Monteserin y Paula Salvatierra.
Comunicación: Leticia Zattara. Secretario: Gastón Havandjian.
Administración: Alejandra Arnau, Bruno Rosenberg, Ignacio Infantino.

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.
Tel: (011) 4129-1075 / campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

ADMINISTRACIÓN DE PARQUES NACIONALES

Directorio

Ing. Agr. Héctor Espina (Presidente); Juan Carlos Garitano (Vicepresidente);
Dra. Patricia Gandini (Vocal); Raul Chiesa (Vocal); Lic. Cristina Armata (Vocal)

Director Nacional de Conservación de Áreas Protegidas
Lic. Roberto Molinari

Directora de Interpretación y Extensión Ambiental
Florencia Lance

Equipo de trabajo para la Campaña: Pablo Reggio, María Eugenia Nalé,
Cristian Blanco, Gisela Jaure, Mariana Altamiranda y Alicia Liva.

Alsina 1418 6º piso (1188) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: (011) 4381-8606 / educacion@apn.gov.ar - www.parquesnacionales.gov.ar

RED DE LECTORES

Si querés conectarte con los chicos de las escuelas cercanas al Parque Nacional Talampaya podés hacerlo escribiéndoles a San Martín s/n°. Villa Unión. (C. P. N° 5350). Provincia de La Rioja.
Por correo electrónico a talampaya@apn.gov.ar



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA

Campana Nacional de Lectura 

